

LA POSICIÓN DE LOS NORMALISTAS ANTE LOS PROBLEMAS DE LA EDUCACIÓN COLOMBIANA

Declaración presentada a la reunión anual de 2012 de la Asociación de ex Alumnos de la Normal de Tunja (ASENOT)

En respuesta a la invitación abierta formulada por el gobierno nacional a organizaciones profesionales y académicas interesadas en la discusión de eventuales reformas al sistema educativo colombiano, los miembros de la Asociación de Ex Alumnos de la Normal de Tunja (ASENOT), asistentes a la reunión anual de esta organización, consideramos la Declaración contenida en el presente escrito y, una vez aprobada, autorizamos a nuestra Junta Directiva para hacerla llegar al Ministerio de Educación y a sustentarla en los escenarios donde hubiere lugar.

Preámbulo

Nuestras opiniones parten de las siguientes bases conceptuales:

1. La educación es el instrumento fundamental de adaptación del que disponen las sociedades humanas para interactuar con su entorno natural y utilizarlo para suplir sus necesidades y construir civilización, desarrollo y bienestar.
2. Esencialmente, es la educación – condicionada a la calidad de su sistema operativo general, grado de prioridad en el compromiso del Estado por sustentarla y ascendencia y respetabilidad social para sus instituciones y profesionales – el factor crucial que hace la diferencia en el grado de desarrollo de los pueblos del mundo.

3. En el caso colombiano, lamentablemente se registran defectos protuberantes en el sistema educativo general, manifiestos en los indicadores de subdesarrollo que caracterizan la nación, explicables por deficiencias estructurales y por vicios culturales heredados, que en conjunto se perpetúan por la negligencia del Estado en términos de dirección, ejecución y priorización de la función educativa.

Realidades

Comparativamente, el saldo histórico de muchos países latinoamericanos, por no decir de todos, contrasta significativamente con lo logrado por otros espacios del Nuevo Mundo contemporáneos en el proceso de culturización europea. En el Caribe empezó la historia de este continente antes que en América del Norte, y pronto en México, Nueva Granada y el resto de América del Sur brillaría la cultura ibera con la pompa copiada del esplendor cortesano de la metrópoli por los respectivos virreinos. Siglos después, lo que cualquier observador desapercibido tiene que registrar en uno y otro ámbito es el abismo que separa los niveles de desarrollo entre ambos escenarios culturales, y no precisamente en beneficio relativo del reino hispanoamericano. Nuestra propia antigua metrópoli colonial va a la zaga de la historia, al borde de una quiebra generalizada. Ni siquiera podremos compararnos con otro novísimo mundo, Australia, verdadera respuesta de progreso civilizador cumplida contra todos los pronósticos desfavorables de determinismo ambiental y locacional. Y qué no decir de los casos de desarrollo tardío pero incomparablemente exitoso de los países que bordean el Pacífico en el lado opuesto de la cuenca latinoamericana de ese océano.

Por supuesto, se debe reconocer que el proceso de desarrollo obedece a un complejo conjunto de factores y circunstancias de orden ambiental, económico y cultural. Las respuestas que dan las sociedades al enfrentar su destino en un espacio determinado son al igual que variadas, diferencialmente más o menos exitosas. Tenemos, sí, una constante que es el hombre, el cual es potencialmente el mismo en Cajamarca, Londres, Timboctú, Lisboa, Tegucigalpa, Detroit, Shanghai o Apartadó, si hemos de creer en la unicidad antropológica de la especie. Y ciertamente un entorno geográfico como el de Colombia supera ampliamente en recursos de todo tipo al que les tocó en suerte a Corea, Japón o Suiza, para citar apenas unos casos que han de destacar la incompetencia de los liderazgos que el destino histórico nos impuso.

Si se exploran todas las explicaciones posibles, habría que llegar a considerar un factor irrefutablemente crucial para poder entender las diferencias de desarrollo del capital humano de los pueblos: la educación. En todos los casos, pero especialmente en los extremos del espectro del desarrollo, el despegue ha dependido de algún afortunado viraje en los componentes del sistema educativo, e inversamente, el estancamiento habrá de estar asociado a la perpetuación de una educación de tipo medieval, o a la carencia total de un sistema educativo significativo, como ocurre en las sociedades tribales.

No se requiere de mucha enjundia investigativa para establecer que el sistema educativo es uno de los mayores desastres históricos de la nación colombiana. Durante el régimen colonial, la educación fue simplemente otro de los mecanismos utilizados para imponer el dominio metropolitano y preservarlo. Se trataba de disponer de un populacho dócilmente supersticioso e ignorante. España no necesita sabios criollos, fue lo que dijo alguno de los pacificadores para justificar el asesinato de Caldas, uno de los pocos luceros que se le escaparon al oscurantismo medieval con el que se orientó la educación en estas colonias. La república fue incapaz de cortar de una con la tradición cultural que nos legaron los españoles, conservando todos sus instrumentos de opresión, corregidos y aumentados; y luego, cuando se ha intentado de una u otra manera modernizar la educación, el Estado, vale decir sus agentes en función de gobierno, ha sido inepto para orquestar adecuadamente todos los hilos que mueven el proceso de educar colombianos, generación tras generación. Incluso cuando el sector privado logra apartarse de la común mediocridad formativa, a través de colegios o universidades copiados de los que operan en Estados Unidos o Europa, solo logran ahondar más las brechas de capacidad profesional, contribuyendo a fortalecer el tipo de sociedad dual en que siempre ha estado dividido el país.

La educación es un instrumento de formación esencialmente sistémico. Eso lo sabe muy bien cualquiera que haya estudiado ciencias pedagógicas, pero que parece ser una de las tantas ignorancias que manejan nuestros dirigentes. Como toda estructura funcional e interactuante, la educación es un sistema constituido por muchos subsistemas, todos a cual más de importantes. Podría decirse que es como una orquesta, en la que tocan numerosos actores, con diferentes instrumentos, a diferentes niveles y con partituras individuales cuya integración le da sentido, comprensión, beligerante emulación y hasta una suerte de estética humanizante al devenir social. Esa partitura la forman las políticas públicas diseñadas para que los miembros de la sociedad general se

preparen para cumplir una función constructiva del bien público y del propio mundo de vida individual. Por supuesto, para que la orquesta funcione, es crucial que quien la dirige sepa lo que cada uno de los actores debe tocar, y qué es lo que se pretende lograr. ¿Podría alguien imaginar lo que sería entregarle la batuta de la Sinfónica de Berlín a un aficionado que a duras penas supiera silbar? Bueno, aquí eso es lo que se hace cuando se nombra a un señor o a una señora como Ministro de Educación, cuando su profesión y ejercicio de vida profesional no ha sido otro que el de matricularse en esta o aquella maquinaria política, dotado cuando más de experticias inocuas con las cuales le habría venido bien ser nombrado en la cartera de Cultura, de Medio Ambiente o de Comercio, para la cual a lo mejor podría tener más conocimiento, experiencia y capacidad relativa.

Nuestro sistema educativo demanda un examen a fondo, pues por todo lado flaquea. De arriba abajo, en todos los niveles se requiere funcionalidad con los tiempos que corren y con la ciencia y las tecnologías que avanzan exponencialmente en otras partes. El más alto piso del sistema educativo es la formación doctoral, destinado a la construcción de los cuadros élite, supuestamente la cúspide del saber y el conocimiento, estadio que la sociedad reserva para quienes han demostrado grados de excelencia excepcionales de inteligencia, capacidad de estudio y dedicación responsable a la investigación. Aquí ha aparecido recientemente, incluso en las universidades públicas, una caricatura de ese nivel de privilegio cualificador, representado en un tipo de programas doctorales con mínimos requisitos de ingreso, dotados de profesorado de niveles modestos por decirlo de modo benevolente y a donde los doctorantes, todos empleados de tiempo completo, acuden a cursar asignaturas y seminarios de fin de semana, a veces cada quince días. Si eso ocurre en el doctorado, ya se podrá imaginar la calidad que tienen los programas de maestría y especialización. Y de ahí para abajo. No hay para qué insistir sobre los estándares de calidad que tiene la formación superior universitaria, ni el bachillerato, de la que aquella alimenta su matrícula. Pareciera que con la idea de graduar a todo el mundo con un título universitario, la función del Estado quedaría más que satisfecha ante la opinión pública, y eso es lo que frecuentemente se pregona, cuando se dice que la matrícula universitaria se amplió en tantos miles de cupos más con relación al año anterior. ¿Calidad? De eso no se menciona nada, cuando las universidades a diario claman porque se les den recursos para conseguir profesores buenos y para que el equipamiento académico llegue por lo menos a unos estándares aceptables. La esperanza, tantas veces frustrada, es que algún día un gobierno central opte por trazar planes nuevos, con base en

alguna gran comisión nacional de expertos, ojalá diferentes de los mismos burócratas que tradicionalmente medran en ICFES y otras agencias especializadas del Ministerio de Educación, comisión que evalúe con asesoría internacional lo que existe y proponga los cambios y estrategias reivindicadoras del sistema que se requieran.

La Normal de Tunja

La preocupación central de la Asociación de Ex Alumnos de la Normal de Tunja es, desde luego, su alma mater. El 2010 nuestra Asociación realizó un Congreso Nacional de Ex Alumnos en la capital boyacense. Quienes allí estudiamos, muchos de nosotros 50 o más años atrás, nos encontramos con una institución diferente a la que conocimos. Anteriormente existían una Normal para señoritas y otra, la nuestra, para varones, ambas dependientes directamente del Ministerio de Educación. Ahora son dependencia de la Alcaldía Municipal y duplican su propósito, pues la antigua Normal de Varones ahora también tiene una numerosa matrícula femenina. Cualquiera puede preguntarse, y eso hacía el Secretario de Educación Municipal de aquel año, ¿para qué tener dos Normales en una misma ciudad, cumpliendo exactamente las mismas funciones? En últimas, se trata de dos planteles de enseñanza media, a cuyos estudiantes se les da un barniz de especialización pedagógica para que puedan eventualmente ejercer como maestros del nivel primario.

La preocupación que surge al pensar sobre la suerte de la Normal de Tunja – y en tal sentido de todas las Normales (que ahora se denominan “Superiores”) – tiene que ver con la rememoración de la funcionalidad que otorgó a estos establecimientos públicos la segunda Misión Alemana, presidida por Julius Sieber a partir de 1926. En los años 20 del siglo pasado el atraso pedagógico general de la educación colombiana llevó a la forzosa fundación de la carrera docente profesional, en plan de emergencia institucional, para que la Misión pudiera operar, pues sencillamente no había maestros ni profesores formados como tales en el país. De la Normal de Tunja surgió así lo que después de 1937 en Bogotá se denominaría Normal Superior de Colombia. Los graduados de la Normal Superior, los primeros licenciados en la historia del país, iniciaron una sustancial transformación de la educación colombiana. Años después, esta benemérita institución regresaría a Tunja como Normal Universitaria, renombrada después Universidad Pedagógica de Colombia. De ahí en adelante proliferarían por todo lado las facultades de educación, al

tiempo que también las universidades colombianas adoptaban un nuevo modelo de formación en ciencias básicas y las humanidades con nivel de licenciatura, aparte del tradicional esquema de facultades profesionales (medicina, ingeniería, derecho, etc.). No hace mucho, otro engendro del gobierno de turno permitió que cualquier profesional se hiciera docente, además de que por doquier se multiplicaban los programas de maestría en diferentes áreas, muchas orientadas esencialmente hacia la docencia. En esas condiciones, un volumen considerablemente grande de licenciados de las facultades de educación eventualmente se fueron ubicando en los puestos que en otra época estaban reservados a los institutores superiores que formaban y forman las Normales. ¿Institutores normalistas en competencia laboral con licenciados? *No match*, como dicen los ingleses.

Estas circunstancias actuales hacen pensar en la necesidad de reorientar la formación de docentes profesionales en el país. A las facultades de educación se les debería concentrar el papel de formación pedagógica y entrenamiento didáctico *a nivel de maestría*, exclusivamente para los graduados en ciencias básicas y humanidades (matemáticos, biólogos, historiadores, lingüistas, etc.), que por sus méritos académicos y probada vocación puedan servir para la profesión docente del nivel medio, lo mismo que formar profesionales *a nivel de licenciatura* que sean capaces de prestar los fundamentales servicios de la docencia para la niñez temprana. Estos profesionales tendrían – deberán tener – un nivel de competencias y responsabilidad social, e importancia, como las que tiene un médico, o incluso superiores. Se trataría así de mejorar radicalmente la calidad de nuestros profesores, de los cuales depende la clase de ciudadanos con los que va a contar el país en los años venideros. Corresponde al Estado la adopción de una política que construya los cuadros profesoriales de Colombia, en facultades de educación del máximo grado de excelencia académica, a donde solo puedan llegar los mejores candidatos. No como ocurre ahora, cuando las facultades de educación son las peor dotadas y reputadas de cada universidad, y donde se matriculan los bachilleres que no fueron aceptados para ninguna otra carrera, guardadas excepciones que bien corresponden con el calificativo por ser excepcionales honrosas, de genuina vocación con buen respaldo. Es necesario invertir esa situación, a la par de hacer de la carrera docente una que sea tan bien remunerada y respetada, como la que han alcanzado los abogados en el poder judicial.

Todo esto lleva a la consideración final sobre la suerte de la Normal de Tunja, y de las Normales, en general. Ya están – como están – convertidas en institucionales disfuncionales, porque mal o bien, su papel de hecho y de

derecho lo han asumido desde hace varios años las facultades de educación. Quizás al Alcalde de Tunja le ha llegado la oportunidad de hacer lo que acometió el Director de Educación de Boyacá en 1925, buscar el rediseño de la Normal. Rafael Bernal Jiménez en esa ocasión logró que se contratara la Misión Alemana, presidida por el profesor Sieber. De esa Misión surgió la – esa sí, por todos sus títulos – Normal Superior de Colombia, concebida según el modelo alemán de la época, las *Pädagogische Hochschulen*. Ahora podría ser el turno de las decisiones, para adoptar un modelo de institución universitaria que verdaderamente merezca el calificativo de superior, por ejemplo el modelo de la mundialmente reconocida universidad francesa que se denomina así, *l'École normale supérieure*. Los recursos que ahora se invierten en escuelas que las propias acciones estatales convirtieron en disfuncionales podrían así canalizarse para darle a Boyacá y a Colombia un centro de estudios avanzados de primera importancia científica y académica, que tenga la capacidad de contribuir efectivamente a una genuina transformación nacional, al cumplir una tarea de equivalente importancia, o más, al histórico papel que desempeñó en su momento la vieja Normal de Varones de Tunja.

Propuesta

Abogamos, en síntesis, porque de manera responsable el Estado – esencialmente representado por el Congreso y el gobierno central – acometa de inmediato la evaluación integral del sistema educativo colombiano, a través de una Comisión de Expertos con ámbito de experticia internacional, ajena a los intereses actuales del sistema. A partir del estudio y recomendaciones de esa Comisión se deberán hacer los ajustes estructurales y técnicos necesarios para adaptar la educación colombiana a un modelo competitivo y adecuado a las necesidades y expectativas de desarrollo de la sociedad. De ahí habrá de derivarse una política de Estado que, con compromiso y obligación constitucional, adopte a la educación como el sector hacia el cual se privilegie la inversión pública y la preocupación y respeto, tanto de los agentes del gobierno como de todos los sectores sociales del país. Estamos plenamente conscientes de que el nuestro es un país maravilloso y que nuestra sociedad ha conseguido logros importantes para hacer de la nación colombiana un componente respetable de la comunidad internacional. Pero también sabemos que podemos ser más. Queremos una nación moderna y desarrollada. Por ello reclamamos como elemento clave de la acción estatal la conversión del sistema educativo en un instrumento social con el que se formen – de veras –

buenos ciudadanos, en general; y, de manera más especializada, abogamos por la reconstrucción del subsistema universitario, para hacerlo lo suficientemente académico y científico como para construir una nueva generación de profesionales competitivamente entrenados que sepan hacer las cosas bien, generar conocimiento, innovación y desarrollo.

Bogotá, agosto de 2012.

Comisión proponente,

Héctor F. Rucinke, Ph.D.
Hildebrando Suescún Dávila, M.A.
Ovidio R. Toro Segura, M.A.

Nota:

Hecha la presentación verbal por el Dr. Rucinke sobre el sentido académico de la Propuesta, durante la Asamblea General Ordinaria de ASENOT, el sábado 25 de agosto, la concurrencia la acogió y respaldó con aclamación.